

El ruiseñor justiciero: El “antimenéndezpelayismo” de María Rosa Lida en la filología española del medio siglo

Aurora Hermida Ruiz
(University of Richmond)

El saber de esa chica es anormal, nos da cien vueltas a todos, con eso de tener presente a los 34 años toda la literatura nuestra, la clásica y la extranjera. Y nosotros que tanto admirábamos (y con razón) el saber de Doña Carolina.

Carta de Américo Castro a Ramón Menéndez Pidal
(24 de febrero de 1947)¹

El impacto de María Rosa Lida en la filología hispánica del medio siglo ha sido evaluado en más de una ocasión, señaladamente a raíz de su temprana muerte en 1962, a la edad de 52 años, o con motivo de efemérides tales como el centenario de su nacimiento en 2010, o el doble cincuentenario de su muerte y de la publicación póstuma de su *magnum opus*, *La originalidad artística de La Celestina* en 2012. De una manera u otra, la crítica coincide en presentarla como una *rara avis*, destacando casi siempre como excepcionales tres aspectos de su actuación y de su prestigio en la disciplina —“prestigio con aureola de mito,” como ha dicho Francisco Rico (2010). Es de rigor señalar, en primer lugar, su carácter extraordinariamente periférico. Jordi Gracia la considera una “extravagancia” como ejemplar hiperbólico de “una cultura mestiza de tantas cosas que no caben ni siquiera en un párrafo extenso” (2017). “María Rosa Lida era argentina, era judía, era mujer,” dice Nora Catelli, enfatizando que su “rareza” o su “anomalía” importó “sobre todo cuando abandonó los estudios grecolatinos y se dedicó a los castellanos” (85). Para añadir a la suma, hay que recordar también que María Rosa no tenía tampoco ascendencia española —su familia era polaca y askenazi, no sefardí— y que no cruzó jamás el Atlántico, ni para participar en congreso alguno, ni para conocer España ni ningún otro país de Europa. Desde 1947 fue también una inmigrante más en los Estados Unidos, donde, en lugar de aspirar a ocupar la cátedra universitaria que, en justicia, le habría correspondido, tuvo que conformarse con ser, para decirlo con sus propias palabras, una “profesora trashumante.”² María Rosa fue, como si dijéramos, la marginalidad elevada a la quinta potencia. De rigor es, a continuación, ponderar su erudición portentosa y su prodigiosa memoria. “Fue extraordinariamente sabia” dice Juan

¹ Es fragmento de una larga carta, hasta el momento inédita. Se encuentra en el archivo de Américo Castro, que se guarda en la Fundación Xavier Zubiri de Madrid, identificada con la signatura CAC_31_01_0025. Enrique Jerez Caballero, en un artículo reciente, ha anunciado como inminente la publicación y el contenido del epistolario conservado (en la Fundación Menéndez Pidal y la Fundación Xavier Zubiri): “Son 263 cartas: 53 remitidas por Menéndez Pidal y 210 por Castro, escritas desde 1912 a 1960” (238). En el epistolario entre Castro y Lida, recientemente editado por Juan Carlos Conde, pueden encontrarse los muchos entresijos de la relación entre ambos, incluido el que motiva este comentario de Castro a Menéndez Pidal: la colaboración de Lida a la redacción y publicación de *España en su historia. Cristianos, moros y judíos* (1948). Véase también nota 3.

² Es la expresión que usó para referirse a sí misma en su último viaje a Buenos Aires (Gómez Moreno, 2011b, 173). Sobre la marginación de Lida en la academia americana, Faulhaber explica la ley de antinepotismo que le impidió trabajar junto a su marido en la Universidad de Berkeley y da la lista completa de universidades en que pudo ejercer de manera esporádica o “trashumante” (40). Como resultado a largo plazo de esta marginación académica, Francisco Rico enfatiza que Lida no pudo “tener discípulos” ni “crear escuela” (Rico, 2017, 9).

Carlos Rodríguez de la manera más concisa (98). “Fue la más sabia, la más lúcida, la más admirada estudiosa de la antigua literatura española en la segunda mitad del siglo pasado, y probablemente de cualquier época” ha dicho, mucho más pródigo en superlativos, Francisco Rico (2017b, 9). Con evidente pasmo ante tanta sabiduría, Américo Castro escribía a Menéndez Pidal en 1947: “El saber de esa chica es anormal, nos da cien vueltas a todos, con eso de tener presente a los 34 años toda la literatura nuestra, la clásica y la extranjera. Y nosotros que tanto admirábamos (y con razón) el saber de Doña Carolina.”³ Hasta para criticarla, exageraba Castro que María Rosa se habría metido “en el coco toda la biblioteca de Alejandría.” (Hermida Ruiz 49).⁴ En el prólogo que abre el homenaje que Yakov Malkiel dedicó a la difunta María Rosa en su revista, *Romance Philology*, Menéndez Pidal también confiesa: “Todos admirábamos... sobre todo su prodigiosa y variada erudición, a veces torrencial” (1963, 7). Igualmente obligado, por último, aunque bastante más espinoso, es mencionar su singular afición a escribir reseñas bibliográficas tan largas como incisivas; “demolition jobs” los llamaba Yakov Malkiel, (1970, 398), que fue el primero en lamentar que su esposa hubiera dedicado tanto de su breve tiempo a un género, por definición, tan secundario, tan efímero, y tan desagradecido.⁵ Como gran anomalía destacaba Malkiel “the amazingly high percentage of book reviews in her total production –not only during her novitiate, but to the bitter end, when time was at a premium” (1963a, 27). En su perfil de la autora, Gómez Moreno, por ejemplo, lo considera su “marca de la casa” y añade: “el simple hecho de ver su nombre en la sección de *Crítica de libros* quitaba el hipo al estudioso más flemático, pues a la porteña no se le escapaba detalle y era contundente, incluso inmisericorde en sus juicios. Algunas de sus reseñas se antojan herboladas con curare: tal era su tono” (2011b, 176). Sobre esta cuestión, no se olvida que Lida tuviera la valentía o la insolencia, según se mire, de sentar cátedra a expensas nada menos que de Menéndez Pidal, Dámaso Alonso, Ernst Robert Curtius o Gilbert Highet (Gómez Bravo 726; Gómez Moreno 2011b, 176; Malkiel 1993, 80), aunque enseguida se suele apuntar que su exigencia crítica empezaba siempre por ella misma o que no distinguía entre santones intocables de la filología española o perfectos desconocidos. En otras palabras, que María Rosa pinchaba pero no sacaba sangre. En este sentido, quiero destacar el testimonio que ofrece el prólogo arriba mencionado de Ramón Menéndez Pidal:

³ La escasez de mujeres en la filología explica la comparación entre María Rosa y Carolina Michaëlis. La comparación sería temprana y ubicua, como lo demuestra Yakov Malkiel en la primera carta que escribió a Lida, con fecha de 20 de Septiembre de 1943: “Ya nos acostumbramos a referirnos a Ud. como la nueva Carolina Michaëlis... y eso porque sus escritos atestan una enorme erudición al lado de un impecable gusto estético y de un rarísimo don de seleccionar y caracterizar lo esencial.” (Lida y Malkiel, 56). Desde su primer encuentro en diciembre del 47, Malkiel gustó de proyectar sobre ambos “el modelo de la ilustre pareja de estudiosos formada por Carolina Michaëlis y su marido, Joaquim Vasconcelos (Rico, 2017b, 149; Faulhaber 36). Menéndez Pidal, por dar un ejemplo más, también encabeza su prólogo en homenaje a la memoria de Lida con el recuerdo de “otra insigne mujer, cultivadora de la filología, Carolina Michaëlis de Vasconcelos” (1963, 5). Para la carta de Castro que cito aquí, véase la nota 1.

⁴ Es fragmento de la carta que Castro escribió a Rafael Lapesa para desahogarse por el gran disgusto que, junto a la pérdida de María Rosa, le había causado la visión tan europeísta o tan poco castrista que acababa de descubrir al leer su obra póstuma, *La originalidad artística de La Celestina*. Su frustración se extiende a Lapesa por la reseña tan positiva de la obra con que este último contribuyó al primer volumen del homenaje póstumo a María Rosa Lida de *Romance Philology*. He escrito sobre todo ello en el artículo del que cito (49-51).

⁵ “Brittle,” “elusive,” “ungrateful” son algunos de los adjetivos que elige Malkiel en esta ocasión (1970, 395-6).

Era muy dada a hacer reseñas de libros nuevos; a ello la inclinaba su amplia erudición y su fácil pluma. A veces se la califica de severa y aun dura en sus reseñas bibliográficas. Era exigente con los trabajos de los demás, porque lo era consigo misma. Fue alguna vez vehemente en rechazar opiniones contrarias a las que ella había adoptado con asiduo trabajo; pero esto era raro y, aun entonces, llegaba a reconocer la inseguridad de su propio juicio; más bien o habitual en ella era la objetividad en la contradicción. De mí sé decir que probé sus discrepancias y siempre las hallé noble y doctamente expuestas, sin que en lo más mínimo pudieran anublar la amistad y la admiración que desde muy pronto hacia ella sentí. (6)

A pesar de lo muy enrevesado y eufemístico, incluso, de este testimonio, el gesto de perdón póstumo de Menéndez Pidal ha resultado ser muy efectivo para lavar o dañar, según se mire, la reputación de María Rosa Lida, en parte porque sentó el tono al abrir el Homenaje de *Romance Philology* y, en gran parte, porque procedía nada más y nada menos que del reconocido “patriarca” de la Escuela de Filología Española (Lapesa 1970, 9). De hecho, este gesto suyo se ha convertido en la vía rápida para demostrar no ya la relativa inocuidad del veneno de María Rosa, sino su efectiva subordinación a la labor y a los logros de la Escuela de Filología Española que don Ramón Menéndez Pidal fundara en el Centro de Estudios Históricos de Madrid en 1910. El mismo prólogo de Menéndez Pidal demuestra también muy bien su interés particular por asimilar la memoria de María Rosa a los logros del Centro madrileño. Vuelvo a citarlo: “En el Centro de Estudios Históricos de Madrid, donde yo trabajaba, teníamos en gran estima a María Rosa Lida desde que, muy joven, en los años 1933–36, colaboraba en la revista de estudios clásicos *Emerita*, publicada por el Centro” (5). Para explicar el recorrido de María Rosa desde la literatura clásica a la española, Pidal habla del “maestro, verdadero guía” que María Rosa necesitaba y, otra vez -de hecho, por tercera, cuarta y quinta vez- del Centro: “Éste fue Amado Alonso, formado como profesor en el Centro de Estudios Históricos y por el Centro enviado a la Argentina en 1927, como Director del Instituto de Filología, cuya dirección la Universidad de Buenos Aires había encomendado al Centro madrileño” (5). Como parte de este prólogo tan centrípeto y autocomplaciente, Menéndez Pidal reproduce también una carta que la propia María Rosa le escribió ya moribunda, en septiembre de 1962, y que empieza así: “Leo y releo la carta de Vd. y me parece oír las palabras que repetía mi maestro Amado Alonso: ‘Don Ramón, el gran señor de la filología’.”⁶

El resultado contemporáneo de esta temprana maniobra de subordinación a la autoridad peninsular queda suficientemente expuesto en el sumario que proporciona Ángel Gómez Moreno en su *Breve historia del medievalismo panhispánico*: “María Rosa Lida de Malkiel (1910–62), discípula dilecta de Amado Alonso (1896–1952), discípulo éste, a su vez, de Menéndez Pidal” (109). En otro lugar, Gómez Moreno insiste en proyectar sobre María Rosa “la figura de don Ramón, maestro de todos y admirador confeso de María Rosa, a pesar de que ésta le había criticado con dureza en uno de sus característicos artículos-reseña” y, no contento, vuelve “a don Ramón para añadir que, a

⁶ La carta de María Rosa aparece intercalada entre las páginas 6 y 7 del prólogo de Menéndez Pidal.

pesar de esa y otra crítica, María Rosa, más que admirarlo lo veneraba” (2011b, 176). Simple y “pura catedrocracia,” lo considera Gómez Moreno, llegando a justificarla como un reflejo nítido de su identidad judía.⁷

La contradicción es patente: se quiere ver a María Rosa Lida como un caso hiperbólicamente único y, a la vez, como una discípula clónica de la escuela de don Ramón. La individualidad de María Rosa Lida se difumina así en pro de la campaña de unidad, continuidad y liderazgo internacional de la Escuela de Filología Española en la posguerra; unidad que el magisterio de Menéndez Pidal ha venido a representar de manera antonomástica. La celebración reciente del ambicioso Bienio Pidalino, celebrado entre 2018 y 2019 para conmemorar, respectivamente el 50 aniversario de la muerte de Menéndez Pidal y los 150 desde su nacimiento, no ha hecho sino ahondar todavía más, si cabe, en esta visión del creador de escuela y su legado filológico sin fronteras. Sólo el título de la contribución, en dos tomos, con que la *Revista de Filología Española* se ha sumado a esta celebración, promovida por la Fundación Menéndez Pidal en colaboración con un verdadero “sinfin de instituciones,” (Fernández Ordoñez 19), es suficientemente revelador: *El legado de Ramón Menéndez Pidal (1869-1968) a principios del siglo XXI*.

El saneamiento de María Rosa, efectuado a veces tan a duras penas, nos ponen muy en la pista de una cuestión, en mi opinión, verdaderamente problemática: ¿Por qué dedicó María Rosa Lida tanto tiempo y esfuerzo a escribir reseñas de tan polémica pero efímera vida? ¿Fue María Rosa tan imparcial o tan indiscriminada en su severidad como se pretende? ¿Es acertada esta manía de incluirla siempre entre la marginalia de don Ramón Menéndez Pidal? En mi opinión, el paradigma de la continuidad ha servido no sólo para mantener la jerarquía entre el centro español y la periferia latinoamericana, sino para anular, en aras de esta misma jerarquía, el impacto de María Rosa en la filología del medio siglo. Con el propósito de cuestionar este paradigma, me enfocaré en dos de las cuestiones que considero más reveladoras: en primer lugar, ese oportuno cambio suyo desde la filología clásica a la hispánica en la coyuntura concreta de la guerra civil española y la disolución del Centro de Estudios Históricos de Madrid; y, en segundo lugar, el objetivo, si no más polémico, desde luego sí más frecuente y menos indiscriminado de la vehemencia crítica de María Rosa Lida: la figura, la herencia intelectual y la ubicuidad del pensamiento de Marcelino Menéndez Pelayo. Quizá lo más extraordinario de la actuación de María Rosa en el panorama de la filología española del medio siglo sea el tesón y, sin duda, la virulencia, con que identificó, acusó y desenmascaró el “menendezpelayismo” institucional como una práctica fundamentalmente antifilológica o impostora. En este sentido, creo que la cuestión del “antimenendezpelayismo” puede demostrar hasta qué punto María Rosa Lida entendió muy bien y muy pronto el poder que la reseña crítica le daba para intervenir de inmediato, no sólo en la historia de los textos, sino en el devenir presente de su profesión; el poder, dicho de otro, para redefinir el centro y la periferia de la filología española en la posguerra.

LA TRANSICIÓN MEDIEVALISTA

⁷ Dice Gómez Moreno: “Lo judío, no obstante, se refleja nítido ... en la pura catedrocracia, cuyo primer mandamiento consiste en el respeto absoluto al maestro” (176, nota).

“Trasmisión y recreación de temas grecolatinos en la poesía lírica española”, así se titulaba el primer artículo que María Rosa Lida publicó en el primer número de la *Revista de Filología Hispánica*, fundada por Amado Alonso en 1939 en el Instituto de Filología de Buenos Aires. La autora lo definía como un estudio “de tradicionalidad literaria” que se proponía “rastrear la historia de varios motivos frecuentes en la lírica del Siglo de Oro español” (20): el ruiseñor, el ciervo herido, y el esquema “Flérida para mí dulce y sabrosa/más que la fruta del cercado ajeno.” El artículo, que venía a ser su puesta de estreno en el hispanismo, anunciaba ya muy bien lo que los expertos a ambos lados del Atlántico se acostumbrarían pronto a reconocer en los trabajos de Lida: primero, su profundo conocimiento de la literatura grecolatina; y segundo, su predilección por constatar, con apabullante prolijidad de detalle, la pervivencia de la tradición clásica en la literatura española desde la Edad Media. Con ser tan buen ejemplo de lo que Pedro Salinas denominó, con muchísima gracia, “crítica hidráulica,” el artículo representaba, no obstante, una transición importante en la carrera de María Rosa Lida.⁸ Hasta entonces, María Rosa había despuntado como helenista, no como hispanista, y, como tal se había podido dar a conocer en España gracias a algunas reseñas suyas en la revista de filología clásica *Emerita*, fundada por Menéndez Pidal en 1933 desde su dirección del Centro de Estudios Históricos.⁹ A finales de los años 30, sin embargo, Lida siente una motivación vital muy fuerte para reorientar su trabajo hacia la literatura española. Ella misma rememora el porqué de aquellos primeros ruiseñores en una carta a Yakov Malkiel, su futuro marido, en la que contrasta de forma muy poderosa la belleza de sus pesquisas y la injusticia antisemita que la rodea. A Malkiel, filólogo y judío como ella, no tenía que explicarle la conexión que veladamente establecía entre su fervor hispanista y el pájaro de la melancolía:

Me entregué a la investigación cuando terminaba la guerra española: porque no sé cómo fue, pero así fue que las niñas judías del Liceo en que yo trabajaba eran las culpables de todo. Me enfraqué persiguiendo ruiseñores en los bosques de Rivadeneyra para no ver todo el odio que había a mi lado, y así he seguido. (Lida y Malkiel 83).¹⁰

“Me entregué;” “me enfraqué;” los verbos elegidos no pueden ser más exactos. Los ruiseñores que María Rosa empieza a perseguir en las decenas de volúmenes de la *BAE* serían solo el principio. Se los entregó a su maestro, Amado Alonso, quien, según cuenta Malkiel, tuvo el poquísimo tino de mandar el manuscrito a la revista alemana donde, efectivamente, apareció publicado en 1938 con el título: “El ruiseñor de las *Geórgicas* y su influencia en la lírica española de la Edad de Oro.” Malkiel lo contaba así:

Cuando la tímida alumna le entregó su manuscrito sobre las *Geórgicas*, Amado Alonso, sin siquiera consultarla, se apresuró a mandarlo a la revista de Hamburgo [*Volkstum und Kultur der Romanen*] sin darse cuenta del aspecto trágico de su

⁸ Puede encontrarse la referencia a este ejemplar de la vena irónica de Salinas en Guillermo de Torre (47).

⁹ De acuerdo con la bibliografía compilada por Malkiel, la primera reseña de Lida aparecida en *Emerita* es de 1934. Lida contribuyó a *Emerita* con 8 reseñas en total entre 1934 y 1936 (1963b, 46-7).

¹⁰ La carta está fechada el 13 de Noviembre de 1947. Se conocieron el mes siguiente y se casaron en marzo del 48. En la edición más reciente de *La tradición clásica en España* (2017) los editores han tenido el detalle de preceder la obra con una foto de María Rosa Lida acariciando un pájaro.

acción –no se manda al azar, en pleno 1938, el manuscrito de una judía a la ciudadela del imperio nazista—, ni tampoco del aspecto tragicómico, ya que, de salir a luz este hecho, la propia revista hubiera podido ser cerrada o, por lo menos, castigada. Comprendiendo perfectamente que se trataba de un caso de atolondramiento y no de mala voluntad de parte de su maestro, María Rosa desatendió el incidente (mejor dicho, el desliz) pero se empeñó en no distribuir ni un solo sobretiro de los que le llegaron de Hamburgo (de hecho, ni salvó las erratas, es decir, ni los miró). (1975, 19)¹¹

Ese artículo de *VKR* sería el germen de “Trasmisión y recreación de temas grecolatinos en la poesía lírica española.” Pero en 1939 los nuevos lectores de la *RFH* no solo verían este artículo de Lida junto al de maestros tan reconocidos como Tomás Navarro Tomás, Amado Alonso, William J. Entwistle o Leo Spitzer, sino que verían su nombre muchas veces repetido. Sólo en el primer tomo de la revista, su nombre aparece en la portada, como secretaria junto a su hermano Raimundo, y en un total de trece entradas: junto al artículo, tres notas, una reseña y ocho contribuciones a la sección *Revista de Revistas*; estas últimas sólo con sus iniciales (MRL). Aunque lejos, el autor más cercano en número de entradas será el ya consagrado Leo Spitzer, con un total de cuatro contribuciones. En número de páginas, Spitzer no llega a las 25; las aportaciones de María Rosa superan las 70.¹² Ningún miembro de su generación en el Instituto, ni siquiera su hermano, se le acerca tampoco. Se pueden intuir como de Frida Weber las iniciales “FW” que aparecen en tres notas de apenas tres páginas en la sección *Revista de Revistas*. Yakov Malkiel, en un ensayo necrológico sobre esta última, dejaba intuir el ambiente antisemita que las había guiado a ambas a ampararse y encontrarse, bajo las alas de Amado Alonso, en el Instituto de Filología.¹³ Apuntada la similitud, Malkiel apunta como fuerte contraste con su esposa “the modest role she [Frida Weber] played in the development of the *Revista de Filología Hispánica*” (1982b, 619). La comparación que sigue nos da la clave de impacto, de urgencia y de estridencia que marcarían la irrupción de María Rosa en 1939:

The unchallenged star performer of that period, among women, remained María Rosa Lida, looked upon by many –surely against her will—as the future high priestess of some philological cult. Frida, in contrast, seemed more practical and realistic, more eager to achieve an enjoyable balance, more willing to accept people as they were, with the unavoidable admixture of limitations, rather than to force some painful break-through. (1982b, 619)

¹¹ Nora Catelli ve una vena vindicatoria en esta anécdota de Malkiel. Catelli también eleva a la categoría de “necedad” de Alonso lo que Malkiel llamó “atolondramiento” (88).

¹² Me guío por el índice general que precede a los cuatro números de la revista correspondientes al año 1939.

¹³ De acuerdo con Malkiel, el Instituto de Filología ayudaría a Frida Weber a superar “one bitter disappointment not uncharacteristic of that era.” Aunque Frida se graduó con distinción, continua Malkiel, “no *Liceo* in the capital would at that time... accept as teacher a daughter of Jewish immigrants” (1982b, 619). Es acervo recordar la acogida que Alonso dio a los judíos en el Instituto: “La franqueza con la que Alonso apoyaba a académicos judíos como los Lida, Ángel Rosenblat o Frida Weber de Kurlat, era encomiable en la Argentina de los años 30, donde apenas se ocultaba el antisemitismo y se apoyó tanto al fascismo español como a la Alemania nazi” (Faulhaber 20-21).

Muchos y muy grandes fueron los cambios en el Instituto de Filología en los que hay que enmarcar esta rompedora transición de María Rosa Lida desde la filología clásica hacia la hispánica. Como se sabe, el Centro de Estudios Históricos dejó para siempre de existir al término de la guerra civil española y, como consecuencia inmediata, Menéndez Pidal dejó para siempre de tener, si no el poder moral, desde luego sí el poder institucional que antes había tenido. La *Revista de Filología Española*, fundada por Menéndez Pidal en 1914, desaparecería como entidad “céntrica” incluso antes, en 1937. Desaparecido el Centro y medio depurado Pidal, la sección de Filología pasó a integrar el nuevo Patronato Menéndez Pelayo, dependiente del nuevo Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Esta nueva institución sería la encargada de implantar la doctrina de Marcelino Menéndez Pelayo como pensamiento único y de suplantar actividades tan importantes del desaparecido Centro como la *Revista de Filología Española*, reconstituida nuevamente en 1941.¹⁴ Pedro Sáinz Rodríguez, primer ministro de Instrucción Pública (luego Educación Nacional) firmó en mayo de 1938 el decreto que encargaba al Instituto de España la publicación de la *Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo*.¹⁵ El primer volumen de la *Edición Nacional* sería la *Historia de las ideas estéticas en España*, aparecido en 1940 con un prólogo del nuevo ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín, que, por decirlo de algún modo, no tiene desperdicio.¹⁶

Así pues, por céntricos o madrileños que quieran verse los inicios profesionales de María Rosa en el hispanismo, la verdad es que no lo fueron en absoluto.¹⁷ En 1939 ni el Instituto de Filología argentino era ya una institución ligada o controlada por Madrid ni su director, Amado Alonso, era ya tampoco un ciudadano español. Como María Rosa Lida misma gustaba mucho de enfatizar, en 1939 Amado Alonso adoptó la nacionalidad argentina.¹⁸ Cuenta Yakov Malkiel que la “fundación nada menos que sensacional” de la

¹⁴ La *Revista de Filología Española* se publicó durante la guerra hasta el tomo 24, correspondiente al año 1937. En 1941, bajo el control de la nueva institución, apareció el tomo 25. En esta nueva etapa la dirigen García de Diego, en primer lugar y, desde 1949, Dámaso Alonso, con Rafael de Balbín como nuevo subdirector. El recorrido editorial de *Emerita* es similar aunque más corto (1934-7). Después del parón en la segunda mitad del 37, reapareció un tomo VII con fecha errónea “Madrid, 1939, año de la Victoria” – salió publicado en 1940—y con el lema “*lvcem redde tuae, dux bone, patriae*” bajo el retrato del general Franco (Barrios Castro 7).

¹⁵ La tarea pasó al *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*, establecido por ley de 24 de noviembre de 1938 tras la disolución de la JAE (la *Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*).

¹⁶ Conviene recordar aquí siquiera su principio: “El Ministerio de Educación Nacional quiere pagar, por mediación del *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*, creación insigne de nuestro Caudillo, una deuda que España, desde hace muchos años, tiene contraída con el más glorioso español de los tiempos modernos: Don Marcelino Menéndez Pelayo” (IX); y su final: “Y el ejemplo de su vida excepcional, en permanente vigilia para aumentar la gloria de la patria, debe ser norma inexorable, para todos los que, con verdad y noble espíritu de sacrificio, piensan trabajar por la grandeza de España. El Caudillo, seguro y firme rector de los destinos de la Patria, ampara con su augusta autoridad esta magna empresa que marca, con huella profunda, la irrevocable decisión de la España victoriosa, de trabajar por la cultura con su inconfundible y glorioso sentido universal.” (XX)

¹⁷ Tampoco lo fueron como helenista, dicho sea de paso. Yakov Malkiel pone cuidado de empezar su necrológica demostrando que los primeros pinitos de María Rosa no fueron en la *Emerita* de Madrid, sino en la revista *Repertorio Americano* y de la mano de Pedro Henríquez Ureña (1963a, 9).

¹⁸ Una biografía, atribuida a María Rosa Lida, presentaba así al maestro: “Amado Alonso nació en 1896, en Lerín, España, y en 1939 adoptó la ciudadanía Argentina.” (Polo, 429). Se trata del texto que abría el

RFH a principios del 39 fue resultado de una decisión muy espontánea, doblemente motivada por el carácter impulsivo de Alonso y por la coyuntura política del momento (1975, 18). Se puede deducir también que fue un acto no consultado ni, por tanto, autorizado por Menéndez Pidal. Con la decisión de hacerlo, en cualquier caso, Alonso sellaba la independencia del Instituto respecto de España y la enorme responsabilidad de la nueva revista americana. En estos cataclísmicos cambios y estas nuevas asociaciones debemos encuadrar, por un lado, la decisión de María Rosa Lida de volcarse cada vez más hacia el hispanismo y, por otro, la extensión completa de lo que pronto sería su “antimenendezpelayismo.” “Ya no seré nunca helenista” le escribe a Amado Alonso a Cambridge en Octubre de 1946. Alonso le había planteado la posibilidad de conseguir una beca Rockefeller para trabajar junto a él en Harvard sobre Sófocles o Herodoto y, cómo no, para poder salir por un tiempo, ella también, de la Argentina peronista. Ella, en principio, rechaza las dos ideas: “Para ser helenista, tendría que haberme dedicado a tiempo completo. Hoy no me lleva la mitad del alma. Lo que puedo hacer es medievalizar [aquí] con todas mis fuerzas.”¹⁹ Cuando María Rosa decidió finalmente irse de Buenos Aires al año siguiente, lo hizo con una tesis sobre Juan de Mena ya defendida, y metidos también en el bolsillo el doctorado y la beca Rockefeller que la llevarían a Harvard no como helenista, sino como medievalista dispuesta a medievalizar “con todas mis fuerzas.” Con aquella beca además, María Rosa se proponía desembarazar el conocimiento de la épica española de los prejuicios románticos y anacrónicos de nada más y nada menos que Ramón Menéndez Pidal.²⁰

ANTIFILOLOGÍA Y ANTIMENENDEZPELAYISMO

Entre la selva de testimonios valiosos que Yakov Malkiel eligió en 1963 para capturar el talante filológico de su esposa, destaca éste: “nothing impressed her less than a *lazy appeal* to the verdict of Menéndez Pelayo” (1963a, 28, énfasis mío). La militancia de María Rosa contra la figura y el legado intelectual de Menéndez Pelayo no es, en sentido lato, ningún secreto. Tanto es así que en su día se llegó a hablar de su “antimenendezpelayismo” como si se tratara de una furia impropia o una obcecación enfermiza. El padre jesuita Rafael María de Hornedo, acuñador del término “antimenendezpelayismo” en 1961, se encargó de contar las referencias a Menéndez Pelayo de su primer libro: *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*, de 1950. El botón de muestra de Hornedo no podía ser más contundente: “De las 59 referencias a Menéndez Pelayo, sólo en una se muestra de acuerdo con él, en otras 16 adopta una

opúsculo *Bibliografía de Amado Alonso. Homenaje de sus discípulos*, aparecido en 1946 con motivo de dejar Alonso su cátedra de Buenos Aires.

¹⁹ La publicación del epistolario entre Amado Alonso y María Rosa Lida, por parte de Juan Carlos Conde y Miranda Lida, se anuncia como inminente. La carta que cito procede del anticipo de este epistolario que Juan Carlos Conde ofreció en una conferencia reciente (2023).

²⁰ Sería un proyecto abandonado en beneficio de otras investigaciones. Juan Carlos Conde ha investigado los archivos de la Fundación Rockefeller y confirmado que el proyecto presentado por Lida versaba sobre la épica (2019 251; 268). La idea aparece también en una de las cartas de María Rosa a Yakov Malkiel fechada el 2 de febrero de 1947, meses antes de su llegada a Harvard: “Hay varios aspectos de las ideas de Menéndez Pidal sobre la epopeya que me parecen discutibles –son principalmente viejos restos más o menos conocidos de la crítica romántica—y que pienso tocar en un estudio en que desearía comentar el concepto de mester de juglaría y mester de clerecía” (Lida y Malkiel, 58). En otra carta, fechada el 7 de octubre del mismo año, Lida menciona a Castro la distracción que *Celestina* ha ocasionado en “mi épica” (Conde, 2019, 268).

postura neutra. Las 42 restantes son negativas: para disentir, corregir, o parvipreciar [sic] sus opiniones” (622). También Rafael Lapesa, el primer reseñador póstumo de *La originalidad artística de La Celestina* apuntó, con supremo tacto, eso sí, “el despego contra Menéndez Pelayo” manifiesto por toda la obra (58). Lida, en otras palabras, se enfrascó en su contienda intelectual y moral contra Menéndez Pelayo “to the bitter end,” para repetir la expresión de Malkiel (1963a, 27).

Pues bien, si tenemos en cuenta que Menéndez Pelayo era el santón más intocable de la historia intelectual española desde los años cuarenta, la cuestión del “antimenendezpelayismo” debe entenderse, en mi opinión, en función expansiva, esto es, como un ataque nada ocasional y nada indiscriminado a la decadencia generalizada de la filología española procedente de Madrid después de la guerra. Desde esta perspectiva, debe importar mucho menos, en mi opinión, el peso moral de Ramón Menéndez Pidal que la importancia institucional que alcanzó, por ejemplo, Dámaso Alonso: el discípulo de Menéndez Pidal más respetado y más poderoso de la filología española de la posguerra, admirador confeso de Menéndez Pelayo y, para María Rosa Lida, quizá el ejemplo más palmario de la pereza crítica a que derivaba, para decirlo con sus propias palabras, “el mito hispánico de la infalibilidad de don Marcelino” (1959, 22).²¹ La doble dimensión de Menéndez Pelayo como repositorio intelectual y moral de la nueva España explica la obcecación de María Rosa por combatir sus errores “con todas mis fuerzas” no en el terreno ideológico, sino en el ámbito exclusivo de la exégesis filológica. La misma perspectiva explica también su constante llamada de atención a la “pereza” de la filología española.

Sólo en los 8 años que la *RFH* se publicó en Buenos Aires, de 1939 a 1946, María Rosa publicó en ella 18 artículos y 19 reseñas y dejó muy clara desde el principio su intención de abrumar a base de erudición los entuertos de Menéndez Pelayo y del Consejo Superior. Y lo hizo desde la primera reseña crítica que escribió, en 1940, a propósito de *Orazio nella letteratura mondiale*, obra que reunía las conferencias pronunciadas en 1936 por especialistas de todo el mundo en el *Istituto di Studi Romani* con motivo del bimilenario de Horacio. El veredicto de María Rosa es inminente: “el examen de la obra prueba sobradamente que el contenido no corresponde ni a la amplitud de su título ni a la calidad de la casa de estudios que la edita” (370). La conclusión final tampoco se queda corta: “El *Istituto di Studi Romani* ha celebrado el bimilenario de Horacio con un libro, en suma, de mérito y provecho escasos, compuesto por autores medianos que, al parecer, conciben la conferencia como un género literario incompatible con la originalidad y exactitud de pensamiento” (378). La ocasión la pintaban calva para que María Rosa confrontara una de las obras clave de Menéndez Pelayo: *Horacio en España*. Con esa intención última, María Rosa dedica las últimas páginas de su ensayo para enseñarse con Carles Riba, el contribuyente español responsable de analizar el legado horaciano en España. De acuerdo con María Rosa, el estudio de Riba es “una revisión apresurada que se ha contentado con resumir las opiniones que ... emitió Menéndez y Pelayo hace más de medio siglo” (376). “La precipitación con que ha sido compuesta la conferencia” (377) unida a una “excesiva adhesión a Menéndez Pelayo” es lo que, según María Rosa, lleva a Riba “a incurrir aún a sabiendas en las mismas arbitrariedades que su guía” (376). Como golpe de gracia exegetico, María Rosa no se

²¹ A este respecto, cabe recordar que en 1940 Dámaso ocupó la cátedra de Filología Románica que había sido sustraída a Menéndez Pidal y que fue nombrado director de la *RFE* del CSIC en 1949.

ahorra el trabajo de rastrear una por una el cúmulo de arbitrariedades de origen menendezpelayiano que ha encontrado (376-8). Nótese además la modificación adverbial que Lida elige —“aun a sabiendas”—para desenmascarar el trabajo de Riba como impostura filológica.

Aunque *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*, apareció publicado en 1950, es harto conocido que su razón de ser fue una reseña —“reseña (hipertrofiada)” la llama Conde (2019, 75)—de la edición del *Laberinto* publicada por José Manuel Blecua en 1943. Sabido es también que su análisis del libro fue tan minucioso y su juicio de Blecua tan negativo que la reseña se le fue literalmente de las manos. Quizá menos conocida sea la conexión “antimenendezpelayista” de aquel ensañamiento particular con el joven Blecua en los primeros años cuarenta. María Rosa se lo contó así a Américo Castro:

Muchas gracias por su carta, reflejo de la generosa atención con que ha leído Vd. Mi pobre *Mena*. Y digo “pobre” porque si hay libro de génesis poco cartesiana, es éste. Nació en 1943 como reseña negativa de la edición de J.M. Blecua; luego pensé, con beneplácito de mi maestro, el Dr. Alonso, que mejor que murmurar del prójimo era hacer las cosas; planeé entonces un artículo sobre el *Laberinto*, que más tarde se abultó hasta llegar a ser libro, convertido a su vez, por los aciagos sucesos de mi tierra, en tesis que me permitiese llegar a los E.E.U.U con doctorado [...]. Con la dificultad de publicar y el peligro de dispersión en revistas, opté por incluir en el mamotreto todo lo que guardase relación con *Mena*. Por ejemplo., que la prosa de *Mena* no es el producto paranoico que le parecía a don Marcelino. (338-9)²²

En el *Mena* final, tal como ilustraba el recuento minucioso del padre Hornedo, es patente el celo “antimenendezpelayista” de María Rosa. Cabe destacar, no obstante, el sarcasmo con que Lida desecha de un ligerísimo revés la discutible autoridad de Menéndez Pelayo como mejor representante de “la investigación contemporánea:”

A su vez, el capítulo XII de la *Antología de poetas líricos* [de Menéndez Pelayo] es el estudio más completo, si no original, que la investigación contemporánea ha consagrado a Juan de Mena. La referencia constante a ese estudio en las páginas anteriores hace innecesario un nuevo examen. (398)

Lo mismo puede decirse de su último *magnun opus* de 1962, *La originalidad artística de La Celestina*, cuyos orígenes remontan hasta 1947 —concretamente a un curso de Amado Alonso que Lida tomó como oyente recién llegada a Harvard (Malkiel 1982a, 5). También en su génesis hay que contar como acicate inicial el afán de la autora por

²² El *Mena* de Lida es un importante punto de inflexión en la relación entre ambos interlocutores. La carta, fechada en Berkeley el 18 de Enero de 1951, responde a otra de Castro en que éste le ha comunicado su sorpresa y frustración por no haber encontrado en el *Mena* referencia alguna a su obra de 1948, *Los españoles en la historia*, que ella de sobra conoce y, más aún, por el apego que demuestra a los métodos clásicos de la filología, para él ya inválidos e inertes. Ambas cartas pueden encontrarse en el epistolario editado por Conde (2019, 332-9). Además de las cartas, véase la sección en que Conde analiza la “prehistoria, historia y recepción” del *Mena* de Lida (74-82).

enmendarle la plana a Menéndez Pelayo. Una carta contemporánea dirigida a Castro – escrita en Cambridge, con fecha de 7 de Octubre de 1947—lo revela:

En estos días me he entregado a un quehacer tan entretenido que no creo honestamente se le pueda llamar “trabajo;” ver qué relación guardan con *La Celestina* las novelas y comedias que Menéndez Pelayo y otros dan como fuentes: hasta ahora (llevo leídas la *Chrysis*, la *Polixena*, *Euríalo* y *Lucrecia*), decididamente nada, quizá menos que la relación entre la *Disciplina clericalis* y el *Quijote*. (Conde 2019, 267-8).²³

María Rosa se retractó tan sensiblemente de esta intuición original sobre *La Celestina* que terminó por revelar los cientos de “lazos que la unen con la oscura comedia humanística” como vía para aquilatar mejor su originalidad o su “perfección” (726). Pero no se busque retractación equivalente a propósito de Menéndez Pelayo. Más allá del “despego” que notó Lapesa, resulta que Menéndez Pelayo es, con gran diferencia, el crítico más citado en *La originalidad*, lo que equivale a decir que, desde 1947 hasta 1962, María Rosa siguió encontrando razones para apelar a la autoridad de Menéndez Pelayo como fuente inagotable de errores en torno a *La Celestina*.

Aunque el “antimenendezpelayismo” de María Rosa es verdaderamente ubicuo, quiero resaltar algunos casos que, en mi opinión, dejan poco o ningún lugar a dudas sobre su efecto expansivo en la escuela de filología española. El primer caso ocurre también muy temprano, en 1943, y todavía desde la *RFH*. Es ahora cuando María Rosa se las ve por primera vez de frente con Dámaso Alonso a través de una reseña de *La poesía de San Juan de la Cruz (desde esta ladera)*: el primer libro que Alonso publicó en España después de la guerra, en 1942, y auspiciado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. El valor que esta reseña unida a otra de Menéndez Pidal tuvo para establecer la reputación de María Rosa como polemista ha sido señalado: “María Rosa was presumably not unaware of the fact that her earlier polemic stance vis- à-vis the writings of two influential critics –Dámaso Alonso’s *La poesía de San Juan de la Cruz* and Menéndez Pidal’s study of Fray Antonio de Guevara had raised eyebrows in many quarters (Malkiel 1982a, 6). Más allá de esta analogía, la verdad es que no se puede comparar el tono entre ambas reseñas. “Fray Antonio de Guevara. Edad Media y Siglo de Oro español” (1945) fue “an effectively polemic article couched in words of utmost courtesy” en palabras de Malkiel (1963a, 22). Para Alonso, en cambio, Lida no reservará ninguna clase de miramiento. Un ejemplo breve puede dar idea, aun fuera de contexto, del sarcasmo con que le propinó: “No sólo es el estudio de Dámaso Alonso un minero de sagaces noticias sobre la obra de San Juan de la Cruz, sino sobre muchos otros puntos tocados de pasada” (394).²⁴ Según María Rosa, Alonso es “un crítico tan receloso de sus propias fuerzas y tan reacio a disgregar en fuentes y antecedentes el portento que analiza” que deja sin hacer su trabajo como filólogo: “el rastreo humilde de lo que [San Juan] pudo haber leído o imitado, de lo que borró o escogió –en temas, métrica, lengua” (27).

²³ En carta de fecha posterior (16/4/1948), vuelve a insistir sobre el tema pero dejando entrever ya lo que sería su fórmula final: “En Berkeley no hago sino continuar el estudio sobre *La Celestina* y sus fuentes, que comencé en Cambridge. Es un trabajo bastante distinto de lo que he hecho hasta ahora pues hallo que las fuentes (aun las pocas dignas de tomarse en cuenta) son inimportantes frente al genio del “autor” y a la huella de la época” (Conde, 2019, 276).

²⁴ Ejemplos semejantes aparecen en muchos otros lugares (392, 394 y 395).

María Rosa, desde luego, sabe muy bien cómo poner bien en evidencia la estafa exegética de Alonso y, después de abrumarnos con todas las fuentes que Alonso no cita, o no conoce, o no ha tenido ganas de buscar, apunta hacia el origen del problema: “que Dámaso Alonso achique de intento la voz para ceder espacio desde la primera página a las muchas palabras de Menéndez Pelayo” (395). Nótese, de nuevo, la modificación adverbial que Lida elige –“de intento”– para desenmascarar también a Alonso como impostor.

Destaco ahora por su relevancia el año de 1956, año en que se celebra en España el centenario del nacimiento de Menéndez Pelayo y con motivo del cual aparecieron, entre gran número de actos de homenaje y volúmenes colectivos, dos panegíricos importantes y, en gran medida, coincidentes: *Menéndez Pelayo, historiador y crítico literario* de Pedro Sáinz Rodríguez y *Menéndez Pelayo, crítico literario (las palinodias de don Marcelino)* de Dámaso Alonso. A ningún interesado en el tema podía sorprender el tono hagiográfico del primer autor, señalado promotor de la publicación de la *Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo* en la inmediata posguerra. La aportación al Centenario de Dámaso Alonso, en cambio, prometía revelaciones y sorpresas desde el paréntesis del título: “(las palinodias de don Marcelino).” Como si cantara él mismo la palinodia, Alonso presenta a Menéndez Pelayo como un autor muy capaz de retractarse de sus propios veredictos y, por lo tanto, bastante menos intransigente de lo que le parecía en 1927, durante el centenario de Góngora. No es que Alonso olvide o niegue los veredictos antigongorinos de Menéndez Pelayo que él mismo, la verdad sea dicha, insistió en hacer famosos en 1927; es que ahora se los perdona ontológicamente afirmando que los hubiera corregido si le hubiera dedicado más tiempo –“es que yo creo, sinceramente, que si Menéndez Pelayo hubiera estudiado a Góngora lo hubiera comprendido” (79)—o si hubiera tenido más tiempo de vida para dedicarle –“¡veinte o treinta años más. La imaginación no llega ni a vislumbrar lo que hubiera sido la crítica de aquella genial mente!” (103). Para enaltecer los grandes aciertos de Menéndez Pelayo, Alonso empieza por señalar dos obras que parecen sendos puñales hacia el corazón de María Rosa Lida: “porque *La Celestina* que tengo grabada en mi mente es la que la intuición de Menéndez Pelayo me transmitió, o el Juan Ruiz que está ya fijo en mis pupilas procede de las suyas (10).”

María Rosa se limita a proceder como filóloga, y no como historiadora del pensamiento, y lo que escribe en 1956 no es una diatriba contra Menéndez Pelayo o contra Alonso sino una reseña demoledora, de 25 apretadísimas páginas, a una obra curiosamente aparecida 3 años antes: la edición de José María Casas Homs del *Polidorus: Comedia humanística desconocida de Johannes de Vallata*, un nuevo ejemplo del género que Menéndez Pelayo señaló como antecedente de *La Celestina*. La reseña es típica de María Rosa por varias razones: la primera porque, dejando prácticamente al margen el libro reseñado, María Rosa expone todo lo que ella sabe, y no sabe Casas Homs, sobre el tema de la comedia humanística y de su valor como antecedente de *La Celestina*; la segunda, porque entre las perlas que María Rosa dedica a Casas Homs, nos dice que la obra manifiesta “falta de tino” (431) y “escaso conocimiento” (432); y la tercera, porque, aparte los errores de interpretación o de conocimiento, Lida dedica cinco páginas completas a corregir la larga lista de “pasajes mendosos que he notado” (434-38). Si bien María Rosa es tan brutal en su veredicto como era de esperar –“La presente edición consta de un estudio mal pensado y peor

escrito” (431)—el sarcasmo que más nos interesa es éste dirigido al *Consejo Superior*:

Con decir que el editor se disculpa por no detallar el contenido del códice inédito pero malgasta sin disculpa las pp. 151-7 recapitulando lo que Menéndez Pelayo escribió (de segunda mano) sobre la comedia humanística en un libro tan asequible como los *Orígenes de la novela*, se tendrá idea de su discreción. El estilo de dicho estudio casa a maravilla con la chapucería de pensamiento: ¡triste ejemplo de una obra que sale con el pie de imprenta de la institución que se arroga el monopolio oficial de la erudición española! (433)

Y, por si no quedara todavía lo bastante claro por dónde iban los tiros en 1956, María Rosa concluye así: “se me perdonará que acabe esta reseña con el conocido verso del creador de la comedia humanística: “*Povera e nuda vai, Filologia*” (439).

El carácter bifronte del “antimenendezpelayismo” de María Rosa Lida muestra su versión más caustica en la última gran polémica de su carrera. Me refiero a las “Nuevas notas para la interpretación del *Libro de Buen Amor*” (1959), su respuesta por alusiones a “La cárcel de Arcipreste” de Dámaso Alonso (1957). En su pasión por contar, el padre Hornedo cuenta que María Rosa repite “hasta 10 veces... en el espacio de 9 páginas que Dámaso Alonso “ha leído, sin duda, deprisa” (614) al Arcipreste, y todo como respuesta —para Hornedo, perfectamente desmedida—, a la única vez en que Alonso había dicho lo mismo en “La cárcel del Arcipreste.” En ese artículo, conviene recordarlo, Dámaso defendía que la prisión del Arcipreste no era metafórica sino “prisión de cal y canto,” oponiéndose a “los ilustres hispanistas que, fiados en su erudición, han leído (sin duda, deprisa)” al Arcipreste (169). Dámaso se refiere concretamente a Spitzer, Lecoy y, por supuesto, a Lida, cuyo característico sarcasmo, por otro lado, deliberadamente imita. Hornedo, no obstante, entiende que este particular ataque *ad hominem* contra Dámaso Alonso adquiere su verdadera resonancia como instancia de un patrón mucho más amplio en la trayectoria de Lida: su “antimenendezpelayismo.” Tal como lo interpreta Hornedo, el “apasionamiento” (614), “destemplanza” (614) o “agresividad” (615) del “estrambote desafortunado” (615) que tan injusta y desmedidamente dirige María Rosa contra Dámaso Alonso no es sino una muestra más de la misma manía persecutoria contra Menéndez Pelayo que María Rosa venía exhibiendo desde su *Mena*. Efectivamente, María Rosa revierte también aquí al “mito hispánico de la infalibilidad de don Marcelino” como origen, entre otras cuestiones, de la poca fortuna que en España había tenido la posible explicación semítica de la forma autobiográfica del *Libro de Buen Amor* (22). Y, como contrapunto a Menéndez Pelayo, María Rosa repite machaconamente su completo acuerdo con el nuevo enfoque mudéjar propuesto por Américo Castro (23; 28, 49, 54; 59).

Como muestra de la perplejidad que la polémica causó en los corrillos de la filología, se ha conservado la versión de toda esta historia que María Rosa dio en privado a Américo Castro:²⁵

Lo que pasó con Dámaso es que Dámaso padece del terrible achaque que Vd. diagnosticó tan bien a propósito de Menéndez Pelayo: el de ser sabio de la aldea.

²⁵ También se ha conservado la versión de Alonso. Puede encontrarse la carta en que se desahogó con Lapesa del “patatús de la Malkiel” en Hermida Ruiz, 54-5.

En el artículo que refuto Dámaso se burla cerrilmente de los hispanistas extranjeros, atestados de erudición ridícula —¡ese castizo complejo de inferioridad ante la erudición extranjera!—, que no entienden español, y entre ellos tiene la gentileza de incluirme. El artículo es, además, escandalosamente malo, y he creído mi deber criticarlo para abrirle los ojos a Dámaso, que se está poniendo en ridículo a fuerza de intoxicarse con el incienso barato de sus contertulios. (Conde 2019, 379)

La batalla que María Rosa entabla en las “Nuevas notas” tiene tanto que ver con el “sabio” como con “la aldea.” Respecto al “sabio,” se deduce que María Rosa ve a Dámaso Alonso poco menos que como la reencarnación de Menéndez Pelayo tanto por su talante crítico como por su prestigio y poder institucional. Respecto a la “aldea”, la alusión al “mito hispánico de la infalibilidad de don Marcelino” hace recordar el veredicto que ya había dado algunos años antes, en 1952, cuando se encargó de reseñar la obra colectiva *Historia general de las literaturas hispánicas*:

Más que en parte alguna es sensible al trazar la historia de la historia literaria española la falta de trabajo sistemático previo: por eso y también por otras razones sólo pueden considerarse las páginas ofrecidas como estructuras provisionales, de las que el lector puede discrepar en muchos puntos, por ejemplo, en considerar a Menéndez Pelayo como el término de la investigación literaria, más allá del cual cesa de golpe la disciplina (pág. lxxii). Dejando a un lado el raído mito oficial, ¿acaso en la voluminosa producción de don Marcelino hay libro comparable en rigor de ciencia con la edición del *Cantar de Mio Cid* y en hondura de interpretación estilística con la *Poesía y estilo de Pablo Neruda*? ¿Puede escribirse decorosamente la historiografía literaria de España sin mencionar el Centro de Estudios Históricos y su renovadora actividad? (392).

Quiero insistir en la dimensión expansiva de estos juicios. La *HGLH*, coordinada por Guillermo Díaz-Plaja, no sólo se abría con una introducción de Ramón Menéndez Pidal sino que incluía también un artículo de su hijo, Gonzalo Menéndez Pidal, que María Rosa se daría el gusto de machacar en sus “Nuevas notas” de 1959 por constituir la fuente principal de la interpretación tan literal —y, para María Rosa, tan ridícula— de Dámaso Alonso a propósito de la cárcel del Arcipreste (17; 73). Aunque en 1952 María Rosa no quiso mencionar explícitamente ni a don Ramón ni a su hijo, es efectiva bofetada sin manos la yuxtaposición del vigente Menéndez Pelayo y el difunto Centro de Estudios Históricos como sendos *termini ad quem* de la filología española. Como si dijéramos, ¡quién te ha visto y quién te ve! Como “sabio de la aldea,” María Rosa percibe a Dámaso poco menos que como antonomasia de la decadencia provinciana de la filología española desde 1939. De ahí el orgullo con que resuelve contarse entre “los estudiosos extranjeros de opinión independiente” para poner punto final a sus “Nuevas notas” (82).

Y con esta declaración de independencia concluyo yo también.

En 1959, el mismo año de la polémica, publica Alonso un trabajo sobre la escuela filológica de Menéndez Pidal donde afirma que la lista de discípulos y de “discípulos de discípulos de Pidal” es tan larga que el mismo crítico se confiesa agotado al llegar a la “cuarta o novísima generación” y, según nos dice, sin haber mencionado

siquiera “algún nombre extranjero” (195, 4). Alonso se ahorra todo ese trabajo concluyendo con este valor absoluto: “Así, Pidal ha llegado a ser el tronco común de una escuela lingüística que está diseminada por todo el mundo [...]. Más aún: cualquiera que estudie lingüística española hoy en el mundo tiene que ser, *quiera o no*, un discípulo de Menéndez Pidal (4, énfasis mío).²⁶ Dentro de este paradigma generacional, por cuyo diseño y promoción hay que reconocer a Dámaso como un verdadero maestro,²⁷ María Rosa se hace pertenecer a la tercera generación como “discípula dilecta” de Amado Alonso (Gómez Moreno, 2011a, 109). La segunda generación la representan, prácticamente en exclusiva, Amado y Dámaso Alonso (Lapesa 1970, 9). La coincidencia de apellidos llevaría la identificación generacional entre ambos al extremo de la total confusión en no pocas ocasiones (Lapesa, 1992, 321-2). No es difícil imaginar lo que María Rosa pensaría al respecto.

Desembarazar a María Rosa Lida de esta especie de camisa de fuerza generacional no es tarea fácil. Para Nora Catelli, lo primero que habría que hacer es verla como filóloga comparatista, esto es, no verla como hispanista, para poder recuperar a María Rosa Lida en toda su anomalía y originalidad. A Catelli le interesa iluminar un particularmente desatendido de la obra de María Rosa: la incorporación de lo culto y popular americano a la tradición clásica (90-100). Para ello, Catelli se concentra en dos reseñas de María Rosa particularmente polémicas: las que dedicó a E.R. Curtius y G. Highet en 1951. Catelli las considera no solo sus obras más ambiciosas y de alcance más amplio” sino también “sus dos grandes performances” en torno a la cuestión americana (94). Si el objetivo de Catelli es válido, la operación me parece desmedida. Encontrar “la pulsión americana” de Lida a base de abstraerla del hispanismo oscurece no solo el grueso de su obra madura, sino su desafío –performance, si se quiere—más punzante, más sostenido, de objetivo más ambicioso y, posiblemente también, más americano: su “antimenéndezpelayismo.”²⁸ Y, por descontado, mantiene intacto el paradigma de continuidad que tanto esfuerzo dedicó María Rosa a poner en evidencia.

Volvamos, pues, a Dámaso Alonso. Entre sus muchas estrategias de autodefinición, es curioso que María Rosa Lida nunca usó “mi maestro” o “nuestro maestro” para asumir el magisterio filológico de Menéndez Pidal. Ese título, en singular, lo reservó exclusivamente para Amado Alonso; en plural, para sus maestros directos en el Instituto de Filología: junto a Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña (Lida y Malkiel, 94; Malkiel, 1963a, 12). Una razón obvia es que a Menéndez Pidal María Rosa ni siquiera lo llegó a conocer en persona. Junto a “el maestro de todos los hispanistas” (1941, 379) o “el gran señor de la filología,” María Rosa sí usó con frecuencia el epíteto “maestro de mis maestros” para dirigirse a Pidal y “*serva servarum Americi*” para dirigirse a Américo Castro.²⁹ Si se piensa despacio, ambas son fórmulas, más que de

²⁶ Alonso se concentra en la lingüística como una sola entre las distintas disciplinas filológicas que Pidal origina. Agotado también aquí, concluye su artículo diciendo: “Y no hemos ni siquiera mencionado sus trabajos literarios, sus trabajos históricos...” (4).

²⁷ Me refiero también a su seminal “Una generación poética, 1920-1936,” publicado originalmente en 1948.

²⁸ Véase en la conclusión de Catelli la conexión que establece entre la “pulsión americana” de Lida y su tono desafiante: “La voz que se alimentaba, en los intersticios de la erudición, de esa pulsión americana, le dio, al mismo tiempo, su orgulloso registro y su tono desafiante” (99-100).

²⁹ “Maestro de mis maestros” y “gran señor de la filología” proceden de la carta de María Rosa Lida insertada por Menéndez Pidal en su prólogo (1963). “*Serva servarum Americi*” aparece repetido en sus cartas a Castro (Conde, 2019, 229; 275)

filiación, de cuidadoso distanciamiento. Un intercambio epistolar con Malkiel puede iluminar su pensamiento en este sentido. Malkiel, algo pasmado tras leer la respuesta de María Rosa al estudio de Menéndez Pidal sobre Antonio de Guevara le comenta (6/21/947): “Entre otras cosas, me ha impresionado mucho el tono cortés de su polémica con Menéndez Pidal, quien —como dice Ud. en alguna parte— es el maestro de todos nosotros” (Lida y Malkiel, 56). Lida responde (23/2/1947):

En este sentido, nosotros que venimos a ser como sus nietos o biznietos espirituales, creo que estamos en mejores condiciones para amar a Sócrates, amar a Platón y a don Ramón, pero más a la verdad. A sus discípulos y amigos personales les parece sacrílega toda divergencia [...]. Lo que me espanta es que la mayor parte de los hispanistas tomarán esto como ataque personal contra el maestro, cosa que, como es natural, me dolería como una imputación monstruosa. Pero mi lema es *Propter Sion (o propter la verdad o el deber) non tacebo*. (Lida y Malkiel, 58-9)

La estrategia de distanciamiento es significativa. María claramente respetaba a Menéndez Pidal por lo mucho que había conseguido desde el Centro de Estudios Históricos, pero este respeto no tiene por qué cancelar su divergencia ni extenderse en sentido metonímico a toda “su” escuela. Insistir en María Rosa Lida como discípula de don Ramón corre un tupido velo sobre el largo periodo de decadencia y discontinuidad—Mainer lo llamó “la filología en el purgatorio” (2003)—que María Rosa Lida identificó y denunció en tiempo real y con toda la fuerza de su “antimenendezpelayismo.” Ese mismo velo es el que, *velis nolis*, disipa también la anomalía y la originalidad de María Rosa. El paradigma de la continuidad no solo es problemático por la inexorable verticalidad que se ha visto en Dámaso Alonso —“cualquiera que estudie.. en el mundo tiene que ser, quiera o no, discípulo de don Ramón”— y que sigue siendo tan vigente todavía hoy. Para María Rosa lo era, aún más si cabe, por su equívoca e injusta horizontalidad. Porque, para decirlo con un romance de Góngora y una comedia de Lope, “no son todos ruseñores.”

Obras citadas

- Alonso, Dámaso. “Menéndez Pidal y la lingüística española.” *Ínsula. Revista bibliográfica de ciencias y letras*. 13.57 (1959): 1; 4.
- . “La cárcel del Arcipreste.” *Cuadernos Hispanoamericanos* 86 (1957): 165–77.
- . *Menéndez Pelayo, crítico literario (las palinodias de don Marcelino)*. Madrid: Gredos, 1956.
- . “Una generación poética (1920-1936).” *Estudios y ensayos sobre literatura, tercera parte: ensayos sobre literatura comparada*. Madrid: Gredos, 1975 [1948]: 653-676.
- Barrios Castro, M^a José. “Los orígenes de la revista Emerita y el Centro de Estudios Históricos.” *Perfiles Grecia y Roma III*. Sociedad Española de Estudios Clásicos, Madrid, 2011: 351-361.
- Catelli, Nora. “María Rosa Lida: posición americana, filología y comparatismo.” *Filología*. 43 (2011): 81-101.
- Conde, Juan Carlos. “Raíz y fundamento de un fruto *in partibus* del Instituto de Filología: María Rosa Lida, Amado Alonso y *La originalidad artística de La Celestina*.” Jornadas del Centenario. Buenos Aires, 9 de Octubre. Conferencia plenaria.
- . “Una laguna sumergida.” *Epistolario de Américo Castro y María Rosa Lida de Malkiel*. Salamanca: SEMYR, 2019.
- Faulhaber, Charles B. “Semblanza de María Rosa Lida (con Yakov Malkiel). En María Rosa Lida. *La tradición clásica en España*. 2017: 17-59.
- Fernández Ordoñez, Inés. “Introducción.” En Inés Fernández Ordoñez, ed. *El legado de Ramón Menéndez Pidal (1869-1968) a principios del siglo XXI*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Anejos de la *Revista de Filología Española*, 2020: 19-26.
- Gómez Bravo, Ana María. “María Rosa Lida de Malkiel (1910-1962) and Medieval Spanish Literary Historiography.” En Jane Chance, ed. *Women Medievalists in the Academy*. Madison: University of Wisconsin Press, 2003: 723-732.
- Gómez Moreno, Ángel. *Breve historia del medievalismo panhispánico: Primera tentativa. Medievalia Hispanica* 15. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt: Vervuert Verlag, 2011a.
- . “En el centenario de María Rosa Lida de Malkiel.” *Revista de Filología Española*. 91 (2011b): 171-188.
- Gracia, Jordi. “Elogio de una mujer y un oficio”. *Letras libres*. 16 de mayo de 2017. <https://letraslibres.com/revista/elocio-de-una-mujer-y-de-un-oficio/>
- Hermida Ruiz, Aurora. “María Rosa Lida y el control de la posteridad: o de cómo Rafael Lapesa reseñó *La originalidad artística de “La Celestina”*.” En Ivy A. Corfis, & Pablo Ancos-García, eds. *Two Spanish Masterpieces: A Celebration of the Life and Work of María Rosa Lida De Malkiel*. New York: Hispanic Seminar of Medieval Studies, 2013: 41-59.
- Historia general de las literaturas hispánicas*. Guillermo Díaz Plaja, dir. Barcelona: Editorial Barna, 1949-51.
- Hornedo, Rafael María de. “Pasión en torno a la crítica del Arcipreste.” *Razón y Fe. Revista hispanoamericana de cultura*. 163.761 (1961): 607-622.

- Ibáñez Martín, José. “Prólogo.” En Menéndez Pelayo, Marcelino. *Historia de las ideas estéticas en España*. Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo, I. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1940: IX-XX.
- Jerez Cabrero, Enrique. “‘A la luz de la vida.’ La correspondencia entre Ramón Menéndez Pidal y Américo Castro.” En Pedro M. Cátedra & Juan Miguel Valero, dirs. *Patrimonio textual y Humanidades digitales, III: Edad Media*. Pablo Rodríguez López, José Mauricio Lepe Zepeda & María Isabel de Páiz, eds. Salamanca: Instituto de Estudios Medievales y Renacentistas y de Humanidades Digitales, 2021: 237-251.
- Lapesa, Rafael. “Mi recuerdo de Amado Alonso.” *Hispanica Helvetica*, 4. *Estudios de literatura y lingüística españolas: miscelánea en honor de Luis López Molina*. Lausanne: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos, 1992: 321-334.
- . “Dámaso Alonso, humano maestro de humanidades.” En *Homenaje Universitario a Dámaso Alonso. Reunido por los estudiantes de filología románica, curso 1968–1969*. Madrid: Gredos, 1970: 9–17.
- Lida de Malkiel, María Rosa. *La tradición clásica en España*. Preámbulo de Francisco Rico. Con textos de Marcel Bataillon, Charles B. Faulhaber y Yakov Malkiel. Al cuidado de Daniel Fernández Rodríguez. Madrid: Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2017 [1975]: 17-59.
- . *La originalidad artística de la Celestina*. Buenos Aires: EUDEBA, 1962.
- . “Nuevas notas para la interpretación del *Libro de buen amor*.” *Nueva Revista de Filología Hispánica* 13 (1959): 17-82.
- . Reseña de *Polidorus: Comedia humanística desconocida de Johannes de Vallata* de Casas Homs, José María. *Nueva Revista de Filología Hispánica*. 10.3-4 (1956): 415-39.
- . Reseña de *Historia general de las literaturas hispánicas* bajo la dirección de Don Guillermo Díaz-Plaja con introducción de D. Ramón Menéndez Pidal. *NRFH* 6.4 (1952): 390-393.
- . *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*. Publicaciones de la Nueva Revista de Filología Hispánica. México: Colegio de México, 1950.
- . “Fray Antonio de Guevara. Edad Media y Siglo de Oro español.” *Revista de Filología Hispánica*. 7 (1945): 346-388.
- . Reseña de *La idea imperial de Carlos V. La condesa traidora. Romanz del Infant García. Adefonsus Imperator Toledanus y Poesía árabe y poesía europea de Ramón Menéndez Pidal*. *Revista de Filología Hispánica* 3 (1941): 379–81.
- . “Horacio en la literatura mundial.” Reseña de *Orazio nella letteratura mondiale* de E. Castle et al. *RFH* 2 (1940): 370-378.
- . “Trasmisión y recreación de temas grecolatinos en la poesía lírica española.” *Revista de Filología Hispánica*. 1.1 (1939): 20-63.
- . “El ruseñor de las *Geórgicas* y su influencia en la lírica española de la Edad de Oro.” *Volkstum und Kultur der Romanen* (1938): 290-305.
- Lida, María Rosa & Yakov Malkiel. *Amor y Filología. Correspondencias*. Miranda Lida, ed. Francisco Rico, pról. Juan Miguel Valero, notas y comentarios. Barcelona, Acantilado, 2017.
- Mainer, José-Carlos. *La filología en el purgatorio: los estudios literarios en torno a 1950*. Barcelona: Crítica, 2003.

- Malkiel, Yakov. Analysis of Early Critical Reactions to María Rosa Lida de Malkiel's *La originalidad artística de La Celestina*." En Ivy Corfis y Joseph T. Snow, eds. *Fernando de Rojas and Celestina: Approaching the Fifth Centenary*. Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1993. 79-92.
- . "A Brief History of M.R. Lida de Malkiel's *Celestina* Studies." *Celestinesca* 6.1 (1982a): 3-14.
- . "The End of an Era: Raimundo Lida (1908-79) and Frida Weber de Kurlat (1914-81)." *Romance Philology*. 35.4 (1982b): 617-641.
- . "Introducción." Lida, María Rosa. *La tradición clásica en España. Letras e ideas*. Dir. Francisco Rico. *Serie Mayor, IV*. Barcelona: Ariel, 1975. 9-32.
- . "'Era omne esencial'." *Romance Philology*. 23.4 (1970): 371-411.
- . "María Rosa Lida de Malkiel." *Romance Philology*. 17.1 (1963a): 9-32.
- . "Preliminary Bibliography of the Writings of María Rosa Lida de Malkiel." *Romance Philology*. 17.1 (1963b): 33-54.
- Menéndez Pidal, Ramón. "Prólogo." *Romance Philology*. 17.1 (1963): 5-8.
- Polo, José. "Amado Alonso en el recuerdo: Inventario de trabajos, de carácter general, en torno a su figura, a su obra (3)." *Cauce: Revista Internacional de Filología y su Didáctica*. Ejemplar dedicado a Enrique Díez-Canedo Reixa. 22-3 (1999-2000): 421-435.
- Rico, Francisco. "Prólogo." En Lida, María Rosa & Yakov Malkiel: 9-19.
- . "Preámbulo." En Lida, María Rosa. *La tradición clásica en España*: 7-9.
- . "María Rosa Lida o la luces de la filología." *El país*. https://elpais.com/diario/2010/11/07/opinion/1289084404_850215.html. 7
Noviembre de 2010.
- . "Cantigas de amigo." En Lida, María Rosa & Yakov Malkiel: 149-172.
- Rodríguez, Juan Carlos. "Las literaturas nacionales o el ombligo de los espíritus." En Leonardo Romero Tobar. *Literatura y nación: la emergencia de las literaturas nacionales*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008: 63-106.
- Torre, Guillermo de. *Nuevas direcciones de la crítica literaria*. Madrid: Alianza, 1976.